

Fundación

Isaac Asimov

Traducción:

Manuel Mata Álvarez-Santullano



A mi madre (1895-1973)

Primera parte

Los psichistoriadores

Hari Seldon. [...] Nacido el año 11988 de la Era Galáctica; muerto en 12069. Las fechas suelen expresarse según el calendario de la actual Era de la Fundación: de -79 al año 1 E. F. Nacido en una familia de clase media de Helicon, sector de Arturo —donde su padre, de acuerdo con una leyenda de dudosa credibilidad, cultivaba tabaco en los campos hidropónicos del planeta—, mostró desde muy temprano una asombrosa capacidad para las matemáticas. Las anécdotas referentes a esta capacidad son innumerables y algunas de ellas, contradictorias. Según se cuenta, a la edad de dos años [...]

[...] Indiscutiblemente, sus mayores contribuciones se dieron en el campo de la psicohistoria. A la llegada de Seldon, esta disciplina era poco más que una serie de vagos axiomas; a su muerte, una ciencia estadística de gran profundidad [...]

[...] La mejor fuente existente sobre los detalles de su vida es la biografía escrita por Gaal Dornick, quien en su juventud conoció a Seldon, dos años antes de la muerte del gran matemático. La historia de este encuentro [...]

—Enciclopedia Galáctica¹

¹Todas las citas de la Enciclopedia Galáctica que se presentan a continuación se han extraído de la 116ª edición, publicada en el año 1020 E. F., en Términus, por Ediciones Enciclopedia Galáctica, S. A., con permiso de los editores.

Se llamaba Gaal Dornick y no era más que un chico de campo que nunca había visto Trántor. Al menos en la vida real. Lo había visto muchas veces en hipervídeo y de vez en cuando en las inmensas emisiones tridimensionales realizadas con motivo de una coronación imperial o de la inauguración de un Consejo galáctico. A pesar de que había pasado toda su vida en el planeta Synnax, perteneciente a un sistema situado en el borde del Cúmulo Azul, no estaba aislado de la civilización, por lo que hemos dicho. En aquella época nadie lo estaba.

Por aquel entonces, había casi veinticinco millones de planetas habitados en la galaxia, y todos ellos estaban sometidos a la autoridad del gran Imperio, cuya sede se encontraba en Trántor. Era el último medio siglo en el que podría afirmarse tal cosa.

Para Gaal, aquel viaje era la cúspide de su trayectoria como joven investigador. Ya había estado en el espacio, de modo que aquel desplazamiento, como tal y nada más, significaba muy poco para él. Es cierto que hasta entonces solo se había trasladado al único satélite de Synnax, para recabar los datos sobre la mecánica de la deriva de meteoritos destinados a una investigación que estaba llevando a cabo; pero los viajes espaciales eran

todos iguales, por mucho que uno viajase un millón de kilómetros o un millón de años luz.

Solo había tenido que prepararse un poco para el salto al hiperespacio, un fenómeno que no se experimentaba en los viajes meramente interplanetarios. El salto era, y posiblemente seguiría siéndolo siempre, el único método práctico para viajar entre las estrellas. El viaje por el espacio convencional no podía superar el límite de la velocidad de la luz (un axioma científico que se contaba entre los hechos conocidos desde los albores de la humanidad), lo que significaba que harían falta años para moverse entre los sistemas habitados más próximos. Gracias al hiperespacio, esa región imposible de concebir que no era ni espacio ni tiempo, ni materia ni energía, ni algo ni nada, era posible cruzar toda la galaxia en el intervalo que separaba dos instantes contiguos.

Gaal había esperado el primero de aquellos saltos con un pequeño nudo en el estómago, pero solo experimentó una sacudida insignificante, una minúscula convulsión interna que cesó un instante antes de que pudiera estar seguro de que la había sentido. Eso fue todo.

Y después, solo quedó la nave, grande y reluciente, el frío producto de 12.000 años de progreso imperial. Y él mismo, con su reciente doctorado en Matemáticas y una invitación del gran Hari Seldon para acudir a Trántor y unirse al vasto, y un poco misterioso, proyecto Seldon.

Lo que Gaal estaba esperando tras la decepción del salto era su primera visión de Trántor. Era un asiduo visitante de la sala del mirador. Las lamas de acero se retraían en los momentos anunciados y él siempre se encontraba allí, contemplando el brillo frío de las estrellas, disfrutando de la increíble luminosidad de un racimo de ellas, como una

gigantesca aglomeración de luciérnagas atrapadas en pleno vuelo y paralizadas para siempre. En una de estas ocasiones, vio el humo frío y azulado de una nebulosa gaseosa a menos de cinco años luz de la nave. Se extendió sobre la ventana como una mancha de aceite lejana, bañó la habitación con una tonalidad glacial y dos horas más tarde, tras un nuevo salto, se perdió de vista.

Su primera visión del sol de Trántor fue la de una mota blanca y dura, casi perdida en medio de una miríada de otras idénticas, y solo la reconoció porque el guía de la nave se la indicó. Las estrellas eran numerosas allí, cerca del centro galáctico. Pero a cada salto que daban, la intensidad de Trántor aumentaba un poco más, eclipsando y difuminando las demás.

Un oficial entró en la sala y anunció:

—El mirador permanecerá cerrado el resto del viaje. Prepárense para el aterrizaje.

Gaal fue tras él y tiró de la manga del uniforme blanco, con el distintivo de la astronave y el sol del Imperio.

Dijo:

—¿Podrían dejar que me quedase? Me gustaría ver Trántor.

El oficial sonrió y Gaal se ruborizó ligeramente. Le dio por pensar que quizá hablaba con acento provinciano.

El oficial respondió:

—Aterrizaremos en Trántor por la mañana.

—Me refiero a verlo desde el espacio.

—Oh, lo siento, chico. Si viajáramos en un yate espacial, podría ser. Pero vamos a bajar en una trayectoria espiral, con el sol de cara. No querrás quedarte ciego, carbonizado y contaminado por la radiación, ¿verdad?

Gaal empezó a alejarse.

El oficial, alzando la voz, continuó:

—Además, de todos modos no verías más que una mancha grisácea, chico. ¿Por qué no contratas una visita espacial una vez que estemos allí? No son caras.

Gaal volvió la mirada hacia él.

—Muchas gracias.

Era pueril sentirse decepcionado, pero la puerilidad es casi tan natural para los hombres como para los niños y Gaal tenía un nudo en la garganta. Nunca había visto la increíble mole de Trántor, tan grande como la vida, extendida en su totalidad. Y no había contado con tener que seguir esperando.

La nave aterrizó en medio de un abigarramiento de sonidos. Estaba el siseo lejano de la atmósfera, perforada y atravesada por el metal de la nave. Estaban el zumbido constante de los refrigeradores que combatían el calor generado por la fricción, y el lento tronar de la deceleración de los motores. Y estaban los ruidos humanos de los hombres y las mujeres que se reunían en las salas de desembarque, y el chirrido de las grúas que levantaban los equipajes, el correo y la carga hasta el eje alargado de la nave, desde donde más tarde serían trasladados a la plataforma de descarga.

Gaal experimentó el leve tirón que indicaba que la nave ya no tenía movilidad propia. La gravedad interna había estado cediendo su sitio a la del planeta durante las últimas horas. Miles de pasajeros habían esperado, pacientemente sentados, en las salas de desembarque, que se balanceaban ligeramente en sus campos de fuerza para amoldarse a las direcciones cambiantes de las fuerzas gravitatorias. Ahora, agolpados en las rampas curvas, descendían hacia las grandes esclusas.

Gaal llevaba poco equipaje. Aguardó junto a una mesa mientras, de forma rápida y eficiente, los funcionarios lo abrían, lo

inspeccionaban y volvían a cerrarlo. Examinaron su visado y se lo sellaron. A él no le prestaron la menor atención.

¡Estaba en Trántor! El aire parecía un poco más denso y la gravedad un poco más intensa que en su planeta natal, Synnax, pero no tardaría en acostumbrarse. Se preguntó si se acostumbraría también a su inmensidad.

La terminal de desembarque era colosal. El techo se perdía en las alturas. Gaal casi pudo imaginar las nubes que se formaban bajo su inmensidad. No veía las paredes del otro lado; solo hombres, mesas y suelos que divergían hasta fundirse en una neblina.

El hombre de la mesa había vuelto a hablar. Parecía molesto. Dijo:

—Siga..., Dornick. —Había tenido que abrir el visado y mirarlo de nuevo para recordar el nombre.

Gaal preguntó:

—¿Dónde..., dónde...?

El hombre de la mesa señaló con el pulgar.

—Taxis a la derecha y tercera a la izquierda.

Gaal se alejó y vio las brillantes espirales de aire, suspendidas en la nada donde se leía: «Taxis a todos los destinos».

Una figura se separó de la multitud anónima y se detuvo junto a la mesa cuando Gaal se marchaba. El hombre de la mesa levantó la mirada y asintió fugazmente. La figura le devolvió el gesto y siguió al joven forastero.

Tuvo tiempo de oír el destino de Gaal.

Gaal estaba pegado a una barandilla.

El pequeño cartel decía «supervisor». El hombre al que hacía referencia no levantó la mirada. Preguntó:

—¿Adónde?

Gaal no estaba seguro, pero incluso una vacilación de pocos segundos significaría que la fila que tenía detrás siguiera creciendo.

El supervisor lo miró.

—¿Adónde?

Gaal no tenía mucho dinero, pero solo era por una noche y luego tendría trabajo. Trató de aparentar desenvoltura.

—A un buen hotel, por favor.

El supervisor no se dejó impresionar.

—Son todos buenos. Elija uno.

Desesperado, Gaal dijo:

—Al más cercano, por favor.

El supervisor tocó un botón. En el suelo se formó una línea fina de luz, que empezó a alejarse entre muchas otras de grosor, intensidad, color y tonalidad variables. El hombre puso a Gaal un billete en la mano. Brillaba levemente.

Dijo:

—Uno con doce.

Gaal revolvió sus bolsillos en busca de monedas. Preguntó:

—¿Por dónde se va?

—Siga la luz. El billete seguirá brillando mientras camine usted en la dirección correcta.

Gaal levantó la mirada y echó a andar. Había centenares de personas caminando por la vasta sala detrás de sus líneas individuales, que se mezclaban y se entrecruzaban en las intersecciones hasta llegar a sus respectivos destinos.

Cuando Gaal llegó al suyo, un hombre con un uniforme deslumbrante azul y amarillo, hecho de un rutilante y novedoso tejido plástico a prueba de manchas, alargó las manos hacia sus dos bolsas.

—Línea directa al Luxor —dijo.

El hombre que seguía a Gaal lo oyó. También oyó que Gaal decía «muy bien» y lo vio entrar en el vehículo de capó achatado.

El taxi ascendió en línea recta. Gaal miró por la ventanilla curvada y transparente, maravillado por la sensación de volar en aquel espacio cerrado y, en un gesto instintivo, se aferró al respaldo del asiento del conductor. La inmensidad se contrajo y las personas se convirtieron en hormigas distribuidas al azar. La escena se redujo aún más y el vehículo empezó a alejarse en sentido contrario.

Había una pared delante de ellos. Empezaba a gran altura y continuaba ascendiendo hasta perderse de vista. Estaba llena de agujeros, entradas de otros tantos túneles. El taxi de Gaal se dirigió en línea recta hacia uno de ellos y se introdujo en él. Por un momento ocioso, Gaal se preguntó cómo podía saber el conductor cuál tenía que escoger entre todos los que había.

Ahora no había más que una negrura, aliviada únicamente por el destello ocasional de alguna que otra señal de luz coloreada que dejaban atrás. Un ruido vibrante llenaba el aire.

Entonces, Gaal se vio proyectado hacia delante por la deceleración y el taxi volvió a salir a un espacio abierto y descendió hasta el suelo.

—Hotel Luxor —dijo el conductor, aunque no había necesidad. Ayudó a Gaal con el equipaje, aceptó con seriedad profesional una propina de un décimo de crédito, recogió a un nuevo pasajero y volvió a elevarse.

En el tiempo transcurrido desde el desembarque, el cielo no había estado a la vista ni un solo instante.

Trántor [...] A comienzos del siglo xxx, esta tendencia llegó a su cúspide. Sede del Gobierno imperial durante centenares de generaciones, situada en las regiones centrales de la galaxia, entre los mundos más densamente poblados y más industrializados del sistema, no podía ser sino la aglomeración de humanidad más populosa y rica jamás conocida por el hombre.

Su urbanización, en un proceso de progresión continuada, había alcanzado el punto máximo. Toda la superficie terrestre de Trántor, 1.200 millones de kilómetros cuadrados en total, era una sola ciudad. La población, en su momento cumbre, superaba holgadamente los cuarenta mil millones de personas. Esta inmensa comunidad estaba consagrada casi en exclusiva a satisfacer las necesidades administrativas del Imperio, y era escasa para la magnitud de la tarea. (No debemos olvidar que la imposibilidad práctica de contar con una administración eficiente del Imperio Galáctico bajo el liderazgo poco inspirado de los últimos emperadores fue uno de los factores principales de su caída.) A diario, flotas de naves que se contaban por decenas de miles transportaban la

producción de veinte mundos agrícolas hasta las mesas de Tráantor [...]

De hecho, su dependencia de los mundos exteriores en lo que se refiere a los alimentos y, en general, a las necesidades vitales, fue incrementando su vulnerabilidad frente a un bloqueo. En el último milenio del Imperio, la monótona sucesión de revueltas consiguió que los emperadores se concientiaran de este hecho, y la política imperial acabó equiparándose a la protección de la delicada yugular de Tráantor, y poco más [...]

—Enciclopedia Galáctica

Gaal no sabía con certeza si había salido el sol ni, por lo tanto, si era de día o de noche. Le daba vergüenza preguntarlo. Todo Trántor parecía vivir debajo de una capa de metal. La comida en la que acababa de participar había sido calificada de almuerzo, pero había demasiados planetas que se regían por una escala de tiempo convencional que no tomaba en consideración las alteraciones, a veces un poco inconvenientes, del día y la noche. La velocidad de rotación de cada uno era diferente, y él no conocía la de Trántor.

En un primer momento, había seguido con entusiasmo los carteles que indicaban el camino al «solárium», y así había descubierto que se trataba de una sala en la que uno podía broncearse con radiación artificial. Había permanecido en ella unos instantes y luego había regresado al salón principal del Luxor.

Preguntó al recepcionista:

—¿Dónde puedo adquirir un billete para un recorrido turístico planetario?

—Aquí mismo.

—¿Cuándo sale?

—Lo acaba de perder. Habrá otro mañana. Compre el billete ahora y tendrá el asiento reservado.

—Oh. —Al día siguiente sería demasiado tarde. Tendría que estar en la universidad. Preguntó—: ¿No habrá una torre de observación... o algo parecido? Al aire libre, me refiero.

—¡Claro! Puedo venderle un billete, si quiere. Pero antes deje que compruebe si está lloviendo. —Pulsó un interruptor situado junto a su codo y leyó las letras que fluyeron aceleradamente sobre la pantalla esmerilada. Gaal leyó con él.

—Buen tiempo. Ahora que lo pienso, creo que estamos en la estación seca —añadió con tono amigable—. No suelo pensar en cómo hace en el exterior. La última vez que salí fue hace tres años. Lo ves una vez, sabes que está ahí y eso es todo... Aquí está su billete. Hay un ascensor directo en la parte trasera. Tiene un cartel que dice «A la torre». Tómelo.

El ascensor era uno de esos modelos modernos que funcionaban por repulsión gravitatoria. Gaal entró y los demás lo hicieron tras él. El ascensorista pulsó un botón. Por un momento, mientras la gravedad se anulaba, Gaal se sintió suspendido en el espacio, y un instante después volvió a recobrar parte de su peso al iniciarse el ascenso. Entonces la aceleración cambió de sentido y los pies de Gaal abandonaron el suelo. Soltó un chillido sin querer.

El ascensorista lo llamó.

—Meta los pies debajo de la barandilla. ¿Es que no ha leído el cartel?

Los demás ya lo habían hecho. Lo miraron sonriendo mientras él trataba, frenéticamente y en vano, de volver a bajar sujetándose en la pared. Sus zapatos rozaron el cromo de las barandillas, que discurrían paralelas al suelo, separadas a unos sesenta centímetros. Las había visto al entrar y no había vuelto a pensar en ellas.

Entonces una mano se alargó y lo ayudó a bajar al suelo.

Con voz entrecortada, dio las gracias a su salvador mientras el ascensor se detenía.

Salió a una terraza abierta, bañada en una luz blanca que le hizo daño en los ojos. El hombre que acababa de ayudarlo se encontraba justo detrás de él.

Con tono amable, le dijo:

—Hay asientos de sobra.

Gaal cerró la boca. Se le había abierto sin querer.

—Eso parece, sí.—En un gesto automático, empezó a andar hacia ellos y entonces se detuvo. Dijo—: Si no le importa, me quedaré un momento en la barandilla. Quiero..., quiero echar un vistazo.

El hombre le invitó a hacerlo con un ademán amistoso y Gaal se inclinó sobre la barandilla, que le llegaba a la altura de los hombros, y se zambulló en la vista.

El suelo no se veía. La mirada de Gaal se perdió en las crecientes complejidades de las estructuras levantadas por la mano del hombre. No se avistaba otro horizonte que el del metal recortado contra el cielo, que se extendía en todas direcciones hasta convertirse en una superficie grisácea casi uniforme. Gaal sabía que era igual en todo el planeta. No se avistaba prácticamente ningún movimiento —algunos vehículos voladores de recreo que avanzaban lánguidamente contra el horizonte—, pero él era consciente de que el bullicioso tráfico de miles de millones de personas continuaba por debajo de la epidermis metálica del planeta.

No había ni una sola pincelada de verdor a la vista: nada de vegetación, nada de tierra, ninguna otra vida que no fuese la humana. En alguna parte de aquel mundo, pensó, se encontraba el palacio del emperador, enclavado en el centro de doscien-

tos cincuenta kilómetros cuadrados de tierra natural, cubierta por el verde de los árboles y el arco iris de las flores. Era un pequeño islote en medio de un océano de metal, pero desde su posición ni siquiera se veía. Podría estar a quince mil kilómetros de distancia. No lo sabía.

¡Tenía que hacer ese viaje turístico antes de que pasase mucho tiempo!

Suspiró de manera ruidosa y finalmente terminó de asumir que se encontraba en Trántor; en el planeta que era el centro de la galaxia y el núcleo de la raza humana. No percibió ninguna de sus debilidades. No vio aterrizar las naves cargadas de alimentos. No reparó en la yugular que conectaba delicadamente a los cuarenta mil millones de habitantes de Trántor con el resto de la galaxia. Solo fue consciente de la proeza más grande del hombre: la conquista completa, y casi desdeñosamente definitiva, de un mundo.

Se apartó de la barandilla con cierto aire de perplejidad. Su amigo del ascensor estaba indicando un asiento situado a su lado, y Gaal lo ocupó.

El hombre sonrió.

—Me llamo Jerril. ¿Es su primera visita a Trántor?

—Sí, señor Jerril.

—Ya me había parecido. Jerril es mi nombre de pila. Trántor resulta impresionante si uno tiene un temperamento poético. Pero los trantorianos nunca suben aquí. No les gusta. Los pone nerviosos.

—¡Nerviosos! Por cierto, me llamo Gaal. ¿Y qué les provoca ese efecto? Es algo impresionante.

—Es cuestión de opiniones, Gaal. Si uno nace en un cubículo y crece entre pasillos, trabaja en una celda y se toma sus vacaciones en un solárium abarrotado, salir al aire libre,

donde no hay otra cosa que el cielo abierto, puede provocarle un colapso nervioso. Los trantorianos obligan a sus hijos a subir aquí una vez al año desde que cumplen los cinco. No sé si les sirve de algo. La verdad es que no comprenden demasiado lo que significa y las primeras veces chillan hasta ponerse histéricos. Tendrían que empezar en cuanto los destetan y hacer la visita una vez por semana.

Prosiguió:

—Aunque la verdad es que tampoco tiene importancia. ¿Qué pasa si nunca salen? Están satisfechos ahí abajo y gobiernan el Imperio. ¿A qué altura cree usted que estamos?

Gaal respondió:

—¿Un kilómetro? —Y se preguntó si sería una especulación ingenua.

Debía de serlo, porque Jerril se rió entre dientes. Dijo:

—No, solo ciento setenta metros.

—¿Cómo? Pero si el ascensor ha tardado casi...

—Lo sé. Pero la mayor parte del tiempo estaba subiendo desde el subsuelo. Trántor está excavado hasta una profundidad de kilómetro y medio. Es como un iceberg. Nueve décimas partes del planeta no están a la vista. En las costas, los túneles se adentran varios kilómetros por debajo del lecho oceánico. De hecho, la profundidad es tal que podemos hacer uso de la diferencia de temperatura entre el nivel del mar y los pisos inferiores para obtener toda la energía que necesitamos. ¿Lo sabía?

—No, pensaba que usaban centrales nucleares.

—Antes sí. Pero este sistema es más barato.

—Ya lo supongo.

—¿Qué le parece todo esto? —Por un momento, la afabilidad del hombre se evaporó, reemplazada por astucia. Su expresión se volvió casi taimada.

Gaal trató de encontrar palabras para expresarse.

—Impresionante —volvió a decir.

—¿Ha venido de vacaciones? ¿En viaje de negocios? ¿Por las vistas?

—No exactamente. La verdad es que siempre había querido visitar Trántor, pero principalmente he venido para trabajar.

—¿Ah, sí?

Gaal se sintió en la obligación de explicarse un poco más.

—En el proyecto Seldon, de la universidad de Trántor.

—¿Cuervo Seldon?

—Vaya, pues no. Me refiero a Hari Seldon, el psichistoriador. No sé nada de ningún «Cuervo Seldon».

—Yo también estaba hablando de Hari. Lo llaman Cuervo. Es un mote, ya sabe. Está todo el día prediciendo desastres.

—¿De veras? —Gaal estaba sinceramente sorprendido.

—Usted tendría que saberlo. —Jerril había dejado de sonreír—. Ha venido a trabajar con él, ¿no?

—Bueno, sí. Soy matemático. ¿Y por qué predice desastres? ¿Qué clase de desastres?

—¿Qué clase cree usted?

—Me temo que no tengo ni la menor idea. He leído todos los documentos que han publicado el doctor Seldon y su grupo. Versan sobre teoría matemática.

—Sí, los que publican, sí.

Gaal estaba molesto. Dijo:

—Creo que me marchó a mi habitación. Ha sido un placer conocerlo.

Jerril se despidió con un ademán de indiferencia.

Gaal se encontró a un hombre en su cuarto, esperándolo. Por un momento, la perplejidad le impidió expresar con palabras el inevitable «¿Qué está haciendo usted aquí?» que acudió a sus labios.

El hombre se puso en pie. Era viejo, estaba casi calvo, y cojeaba un poco al andar, pero sus ojos eran muy penetrantes y azules.

—Soy Hari Seldon —dijo, un instante antes de que la aturdida mente de Gaal asociara el rostro al recuerdo de las fotografías donde lo había visto en numerosas ocasiones.